

La televisión en los niños y jóvenes

Lolo Rico

Durante años he dedicado mi trabajo profesional en televisión y a la realización de programas dedicados a niños y jóvenes -especialmente a estos últimos-, obedeciendo a la gran preocupación que me produce saber instalados ante la pantalla a este género de telespectadores, entre los cuales hay ya numerosos teleadictos. Durante bastante tiempo mi inquietud encontró cierta correspondencia en la televisión pública, única cadena hasta el nacimiento de las privadas, con las que se inició la guerra de las audiencias, en la que todo está permitido. En la actualidad parece haberse perdido toda medida y se programa sin el menor sentido de responsabilidad, olvidando la ética más elemental y perjudicando a niños y adolescentes, que son los telespectadores más desvalidos. Las televisiones son hoy un negocio y, como tal, cualquier cosa les resulta válida. No debemos olvidar que las estructuras económicas que sustentan el sistema único, aunque multipartidista, que estamos viviendo, tiene como única meta afianzar la mal llamada sociedad del bienestar -para mucha gente del más absoluto malestar-. El dinero ha sustituido a cualquier otro valor. No debe extrañarnos que las televisiones basen en él sus objetivos. Del llamado *rating de audiencia* depende la inversión de la publicidad y los beneficios de los consejos de administración. No se piensa, pues, en los telespectadores -mucho menos en los más pequeños-, sino en las agencias publicitarias y en los clientes a los que representan. Son ellas las que gobiernan y programan, dando lugar no sólo a los *spots*, sino a los programas que, como aquellos, venden una realidad manipulada y unos modelos de identificación en los que ser es equivalente a triunfar y felicidad sólo puede entenderse en la adquisición de los más diversos objetos. Al fin y a la postre, la pequeña pantalla es el espejo de las estructuras económicas que la sostienen y del mundo a que han dado lugar y, a su vez, lo legitiman y refuerzan.

A veces me pregunto si el afán por lograr que los telespectadores vivan una realidad televisiva en vez de una realidad real; si el interés por que no piensen ni reflexionen obedece a una intención premeditada o es el fruto de la inconsciencia. No puedo aventurar un juicio pero sí remitir de nuevo a mi experiencia profesional. Durante el tiempo que permanecí como directora de Producción Ejecutiva de Programas Infantiles y Juveniles en Televisión Española, tropecé con toda clase de obstáculos para explicar a los telespectadores juveniles por qué se matan niños en las calles de Brasil, o mueren de hambre en tanto países, o se compran y se venden

para los más diversos fines como la prostitución. Según parece, se admite todo menos una explicación coherente y real de nuestra sociedad capitalista.

Un niño dedica a ver televisión mes y medio a lo largo de un año, aproximadamente. En este tiempo habrá tenido a su alcance, según una encuesta francesa, unos 4.000 homicidios, más de 100 secuestros, 5.000 peleas, 2.500 tiroteos, 85 secuestros de menores, 70 robos, 50 suicidios, 200 casos de captura de rehenes, 160 casos de tortura, más de 100 imágenes sobre la droga, 60 defenestraciones, 80 intentos de estrangulamiento, 70 episodios bélicos, más de 70 «striptease», y 120 escenas de amor atrevido. Añádase a estos 10.000 spots publicitarios.

En líneas generales la programación se puede definir como insulsa, mediocre, superficial, estúpida, carente de belleza formal y de cualquier género de contenidos en los que se refiere a niños y adolescentes. Pero tanta carencia no la hace aséptica o inofensiva como creen muchos adultos, porque debajo se esconde una clara ideología que pretende educar para la docilidad formando seres no pensantes para evitar que sean ciudadanos críticos y reflexivos. Dice San Lucas: «El niño crecía y se fortalecía lleno de sabiduría». No será así como crezcan los pequeños telespectadores.

Hay dos aspectos en los que me gustaría detenerme, uno es la violencia. Me pregunto con frecuencia si tanta violencia de ficción como hay en la pequeña pantalla encubre una meta sofisticada pero concreta: desrealizar y trivializar la violencia real. Para cualquier niño, o incluso para los adultos, resulta más impactante aquella violencia puramente simbólica que aparece en los films que se han dado en llamar de acción y que vienen a ser unos 80 a la semana en las cadenas españolas, sin mencionar los telefilms estadounidenses. En unos y otros se asesina protestando justicia, llenando la pantalla de cadáveres cubiertos de sangre, de agonías detalladas y de efectos espectaculares. Puedo asegurar que cualquier escena de violencia se considera adecuada para niños, siempre que no sea informativa y que, lejos de aproximar a la realidad real, mantenga a los telespectadores en la realidad televisiva.

El otro aspecto de la programación que me parece sumamente peligroso y en el que quiero hacer hincapié, se refiere a los modelos de identificación, y en consecuencia, de conducta, que proponen las televisiones. Si no interesa la realidad real, si se la sustituye por la realidad televisiva, es lógico que se sugieran modelos que se amoldan a ella. Se ofrecen personajes interesados tan sólo por la tarjeta de crédito, por el poder adquisitivo, por el bienestar económico que exhiben como la merecida consecuencia de una buena integración social. Parafraseando a Noam Chomsky: «Una de las grandes ventajas de ser rico y poderoso es que uno nunca tiene que decir: lo siento». Los marginados son los que no poseen bienes materiales y bien está que sea así -parecen decirnos desde la pantalla- puesto que ni cuentan ni merecen existir. No forman parte de la realidad y no olvidemos que éstahoy es televisiva, puesto que la imagen está llegando a condicionar la existencia hasta

ser más real que la existencia misma. Se está educando para el egoísmo, la mentira, el racismo y quizá para el fascismo.

Como resumen me atreveré a afirmar que la influencia de la televisión -medio de comunicación en el que se centra la atención de niños y jóvenes-, no sólo carece de metas educativas, sino que no le falta la intención deformativa: convertir a los telespectadores en sujetos pasivos para el consumo. Sin embargo, el mal no está en el medio, sino en su utilización. La televisión tendría que tratar el mundo en que vivimos y su más profunda realidad. Podría animar a mejorarlo, haciendo soñar con un futuro mejor para todos. Debería intentar acercarnos los unos a los otros a través de la realidad y de lo imaginado, porque eso y no otra cosa es la verdadera comunicación. Termino esta exposición con unas hermosas palabras del «Cántico Cósmico» de Ernesto Cardenal.

*«¿Y las ondas?, preguntas.
Un yo hacia un tú.
Que busca en tí.
Y esto es por ser palabra todo ser.
Por haber hecho al mundo la palabra
podemos comunicarnos en el mundo».*

Parece terrible que para nuestros niños el mundo pueda ser equiparable a los miserables contenidos que les proporciona hoy la pequeña pantalla.